

Carta desde Europa

Cero para la izquierda, ningún apoyo para París y la difícil tarea de calzarse las botas de Merkel

Los penosos resultados de Die Linke en las elecciones alemanas eliminan cualquier posibilidad de una coalición de gobierno roji-verde-roja (R2V), con toda seguridad para gran alivio de los líderes tanto de los socialdemócratas del SPD como de los Verdes.



Olaf Scholz, ganador de las elecciones alemanas de septiembre de 2021, y la canciller saliente, Angela Merkel. [Wikimedia Commons](#)



Wolfgang Streeck

Director emérito del Max Planck Institute for the Study of Societies de Colonia.

Todos [sus artículos en El Salto](#).

30 sep 2021 17:14

Entre los muchos resultados sorprendentes de las recientes elecciones alemanas destaca la casi desaparición del Linkspartei, esto es, die Linke. El 9,2% de los votos conseguido en 2017 se ha prácticamente reducido a la mitad, situándose en el 4,9% en las elecciones de este pasado domingo; el hecho de que en todo caso die Linke permanezca en el Bundestag obedece a que ganó tres circunscripciones electorales directamente, lo cual significa que el habitual umbral del 5% no se aplica en este caso.

Sin embargo, el único partido restante de la izquierda alemana, profundamente dividido internamente, está a punto de encaminarse hacia la insignificancia. La seriedad de esta crisis es indicada por el hecho de que entre los votantes que lo hacían por primera vez, en otras palabras los jóvenes, únicamente el 8% votó por die Linke, lo cual supone un porcentaje próximo al 7% cosechado por Alternative für Deutschland, situada en último lugar entre este grupo de votantes.

El declive de la izquierda ha simplificado drásticamente un escenario que antes de las elecciones presentaba un cuadro de posibilidades de gobierno caracterizado por un desorden sin precedentes, dado que era posible concebir un elevado número de coaliciones tripartitas. Ahora ya no hay posibilidad alguna de una coalición de gobierno roji-verde-roja (R2V), con toda seguridad para gran alivio de los líderes tanto de los socialdemócratas del SPD como de los Verdes.

En estos momentos son posibles tan solo dos coaliciones, ambas incluyendo a los Verdes y a los liberales del FDP: una dirigida por el SPD de Scholz, que obtuvo el 25,7 por 100 de los votos frente al 20,5 por 100 conseguido hace cuatro años, y la otra, la variante jamaicana negro-verde-amarilla, dirigida por los democristianos de la CDU/CSU de Laschet, que obtuvo el 24,1% de los votos tras haber conseguido el 32,9% en 2017. Una remota tercera posibilidad es otra Gran Coalición con Scholz como canciller y Laschet u otra figura de la CDU como vicecanciller. Nadie parece estar especialmente entusiasmado con esta opción, sin embargo, porque conjura memorias del desastre producido por su última materialización, cuando Merkel/Scholz la pusieron en pie, después de seis largos meses de negociación tras la celebración de las elecciones de 2017, una vez que se había desplomado la variante jamaicana.

En las vísperas de las elecciones del pasado 26 de septiembre fue interesante comprobar el grado de traumatismo que la experiencia de las negociaciones jamaicanas efectuadas tras las elecciones de 2017 había provocado en la clase política alemana. Evidentemente, Merkel había perdido pronto el control sobre el curso de los acontecimientos, mientras las largas reuniones nocturnas concluían en un desbarajuste interminable sin que nadie supiera qué se había decidido realmente, si es que se había decidido algo. En un momento determinado, el FDP, bajo la dirección de su actual líder, Christian Lindner, llegó a sospechar que Merkel había alcanzado tiempo atrás un acuerdo secreto con los Verdes mediante el cual pretendía dejar a un lado a los liberales del mismo modo que había hecho en su segundo mandato de gobierno entre 2009 y 2013, cuyo resultado había sido que el partido finalmente no logró superar el umbral del 5% en las elecciones de este último año, quedando fuera del Bundestag. Temiendo una nueva versión de tal escenario, Lindner rompió las negociaciones mediante un espectacular movimiento que casi le costó la dirección del partido.

Contemplado desde el momento presente, podemos considerar que este fue el principio del fin de Merkel. Su partido la culpó del pobre resultado obtenido entonces, que convirtió el 41,5% del voto cosechado en 2013 en el 32% logrado en 2017, así como del surgimiento de Alternative für Deutschland (12,6%), acontecimientos ambos relacionados con la apertura de fronteras a los refugiados decidida en 2015 por la canciller.

Si finalmente Laschet casi atrapó al SPD fue porque la campaña de última hora orquestada contra el peligro rojo movilizó a los votantes indecisos ante la perspectiva de una coalición R2V

A continuación se produjeron los devastadores resultados obtenidos en las elecciones de diversos Länder durante la segunda mitad de 2018, cuya consecuencia fue la dimisión de Merkel como líder del partido concedida a cambio de que este le permitiera concluir su mandato como canciller. Esto exigía, sin embargo, la cooperación por su parte en el acuerdo de transición con su sucesor o sucesora al frente de la presidencia del partido y a la postre futuro candidato o candidata a la cancillería en las elecciones de 2021. Estos planes descarrilaron de la peor manera posible, primero con Annegret Kramp-Karrenbauer (AKK), que instalada por Merkel como líder de la CDU, intentó paulatinamente distanciarse de ella en el tema de los refugiados con la vista puesta en las próximas elecciones, lo cual no fue del agrado de la canciller, quien tras obligar a AKK a que presentara su dimisión en la primera oportunidad que se le brindó, acabó optando por Laschet, quien tuvo entonces que organizar su campaña electoral de acuerdo con un programa que postulara renovación política y mostrara total lealtad para con la canciller. Como sabemos, eso ha sido demasiado para él, como podría haberlo sido para cualquiera otra persona.

En realidad, las cosas podrían haberle ido peor a la CDU. Unas semanas antes de las elecciones su intención de voto rondaba alrededor del 20% en las encuestas, próxima a los Verdes y por detrás del SPD, que se alzaba con el 25% de los votos. Si finalmente Laschet casi atrapó al SPD fue porque la campaña de última hora orquestada contra el peligro rojo movilizó a los votantes indecisos ante la perspectiva de una coalición R2V, que Scholz no había excluido por razones tácticas. El ganador real, sin embargo, ha sido Christian Lindner, que ha acabado situado en una posición crucial, siendo necesitado tanto por los Verdes, que en esta ocasión están determinados a entrar en el gobierno, como por los candidatos a la cancillería Scholz y Laschet.

Aunque Lindner y los Verdes optaran por Scholz, ello no señalaría en absoluto un giro a la izquierda de la política alemana

Personalmente, Lindner probablemente prefiere al segundo, habiendo negociado con él en 2017 la coalición gobernante en Renania del Norte-Westfalia, que resulta ser el mayor Land del país. Con el desastre de la coalición jamaicana en la cabeza, sin embargo, Lindner sugirió, pocas horas después de conocerse los resultados, que el FDP y los Verdes deberían explorar conjuntamente la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre un posible programa común y sobre el tercer socio de gobierno, es decir, sobre el SPD de Scholz o la CDU/CSU de Laschet.

Posiblemente esto puede señalar un realineamiento inminente del centro burgués del espectro político alemán, hecho posible por el consabido cambio generacional, protagonizado por dos enemigos políticos de larga data, divididos por sus diferentes estilos de vida, pero pertenecientes ambos a la misma clase media acomodada. Téngase en cuenta que entre quienes han votado por primera vez en estas últimas elecciones el FDP y los Verdes han conseguido el 23 y el 22 por 100 de los votos respectivamente, distanciándose por mucho de

los agotados viejos partidos centristas y de los outsiders ideológicos tanto de la derecha como de la izquierda.

Sin embargo, aunque Lindner y los Verdes optaran por Scholz, ello no señalaría en absoluto un giro a la izquierda de la política alemana. Durante la campaña, Scholz se presentó a sí mismo como el legítimo heredero de Angela Merkel tras haber servido en su gobierno como vicescanciller y ministro de Finanzas durante tres años y medio. Scholz fue nominado candidato por un partido que carecía de otro y en el que muchos de sus miembros lo consideran demasiado escorado hacia la derecha como para ser un buen socialdemócrata. Por otro lado, apenas nadie creía en el SPD que Scholz podría ni siquiera aproximarse a la victoria; y había incluso quien pensaba que esta vez el partido debía de abstenerse incluso de presentar un candidato para evitar la consiguiente humillación.

Por supuesto, nadie podía esperar que Merkel cometiera los grotescos errores estratégicos en la selección de sus sucesores y en los respectivos procesos de transición en su partido y en el Estado, que han privado estrepitosamente del poder a la organización con la que ha gobernado durante un periodo tan dilatado de tiempo.

Dicho esto, nada se halla tan profundamente arraigado en la política alemana como [el “extremo centro” \(Tariq Ali\)](#) y si las elecciones de 2021 han demostrado algo ha sido esto. En un gobierno presidido por Scholz, que constituye el escenario más probable, Christian Lindner reclamará el Ministerio de Finanzas y lo obtendrá a no ser que los Verdes castiguen a Baerbock por su pobre comportamiento como candidata desplazándola a un segundo plano y devolviendo la dirección del partido a su copresidente Robert Habeck, que podría albergar la misma ambición de dirigir ese Ministerio.

Con Lindner al frente del Ministerio de Finanzas y Scholz como canciller no cabe ninguna duda de que la política fiscal alemana será idéntica a la seguida por Scholz al frente del mismo. (Cuando asumió el cargo en el citado Ministerio en 2018, respondiendo a un periodista francés, que evidentemente esperaba mayores contribuciones alemanas a la “solidaridad europea”, Scholz contestó que “un ministro de Finanzas alemán es un ministro de Finanzas alemán”).

En 2017, durante las primeras negociaciones jamaicanas, se informó de que Emmanuel Macron había afirmado que si Lindner formara parte del próximo gobierno alemán él, Macron, estaría muerto. Cuatro años más tarde ello podría ser todavía más cierto que nunca. En la primera mitad de 2022 la presidencia, básicamente ritual y simbólica, de la Unión Europea recaerá en Francia donde Macron debe ganar las elecciones presidenciales en abril de ese mismo año.

Se han planificado diversas ocasiones públicas para que Macron pueda desplegar los trofeos de su preeminencia europea. Con un ministro de Finanzas como Lindner, incluso en un gobierno del francófilo Laschet, quien, medio en broma medio en serio, afirma ser descendiente de Carlomagno, estas ocasiones ciertamente no incluirán nada más allá de cambios puramente cosméticos en la constitución financiera de la Unión Europea y de la unión monetaria europea. Al igual que durante el mandato de Merkel, Alemania, dirigida por Scholz o por Laschet, hará lo que sea necesario para garantizar la supervivencia del euro, pero no más, mientras que las negociaciones sobre lo que es realmente necesario seguirán siendo tan duras como siempre.

Para efectuar una evaluación realista de la política europea alemana durante los próximos años, puede resultar útil considerar el plan presupuestario quinquenal del Ministerio de Finanzas de Scholz aprobado por el gobierno de la Gran Coalición. A finales de 2021, Alemania habrá contraído 471 millardos de nueva deuda en tres años, lo cual equivale a casi dos tercios del Mecanismo de Recuperación y Resiliencia del Next Generation EU (NGEU), concebido para beneficiar a los veintisiete Estados miembros durante un periodo de siete años.

El conflicto en torno a quién logrará ser el próximo ministro de Finanzas alemán podría poner en peligro la emergente alianza entre los Verdes y los liberales

Para cumplir con el denominado freno de la deuda incluido en la Constitución alemana, el gasto federal tendrá que disminuir entre 2021 y 2023 de 548 a 403 millardos de euros, de modo que la carga de la deuda, equivalente al 75 por 100 del PIB a finales del primer año, pueda retornar al 60 por 100 estipulado en el Tratado de Maastricht. Interferir con el freno de la deuda está fuera de consideración tanto por parte de Laschet como de Scholz y todavía más en lo que atañe a Lindner, que ha prometido no aprobar nuevos impuestos. Al mismo tiempo, enormes sumas de dinero tendrán que ser gastadas para acometer la renovación de la infraestructura física del país, que ya era urgente antes de la pandemia.

Además, tras las inundaciones del pasado verano es preciso efectuar gastos adicionales para mitigar los daños causados por el cambio climático, convertido ahora en una realidad ineludible, mientras que la presencia de los Verdes en el gobierno convertirá en una prioridad la aceleración del abandono del carbón, lo cual también será costoso. Podríamos añadir otras partidas, pero el hecho es que quedarán pocos recursos, si es que queda alguno, para “Europa” y la “solidaridad europea”.

¿Qué diferencia habría si el ministro de Finanza fuera Habeck en vez de Lindner?

Políticamente significaría que Baerbock no puede ser ministra de Asuntos Exteriores, cargo que podría haber querido ocupar si fuera todavía la líder de facto de los Verdes. La ambición de Habeck sería establecer un gran programa de gasto para combatir el cambio climático y mitigar sus efectos, probablemente al margen del presupuesto federal para evitar así el freno de la deuda. Ello diferiría de los objetivos de Lindner, que colocaría sus esperanzas en la inversión privada en vez de en la pública.

Los Verdes como partido se mostraron críticos con Merkel por ser demasiado acomodaticia con Rusia y, cada vez más, con China

Habeck se mostraría también más inclinado a permitir que la Unión Europea fuese utilizada como receptáculo permanente de nueva deuda, permitiendo que el servicio de la deuda derivada del Next Generation fuera atendido mediante un nuevo endeudamiento. El conflicto en torno a quién logrará ser el próximo ministro de Finanzas alemán podría poner en peligro la emergente alianza entre los Verdes y los liberales, prolongar tediosamente las negociaciones de la coalición e incluso acabar en otra Gran Coalición, esta vez presidida por Scholz. “Europa”, la Unión Europea, la unión monetaria europea y el resto figurarán tan solo marginalmente en tal disputa.

Similarmente hay que esperar malas noticias, desde una perspectiva francesa, en cuestiones de política exterior y seguridad. Exagerando mínimamente, Annalena Baerbock puede ser caracterizada como un halcón proatlantista y lo mismo puede decirse de Habeck, quien

durante una visita a Ucrania recomendó que se vendieran armas a este país para que las utilizara en su guerra con Rusia.

Baerbock y Habeck no son, definitivamente, lo que en los círculos de la política exterior alemana todavía se denomina gaullistas; durante la campaña electoral, bajo la impresión de las informaciones televisivas sobre el desastre del aeropuerto de Kabul, Baerbock se comparó a sí misma con la archiintervencionista liberal estadounidense Hillary Clinton. Los Verdes como partido se mostraron críticos con Merkel por ser demasiado acomodaticia con Rusia y, cada vez más, con China, exigiendo que Alemania se alinee con las demandas de la OTAN de incrementar su gasto militar hasta el 2% del PIB, lo que supone un incremento de no menos del 50% respecto de su nivel actual. (Nada de esto se halla contemplado en los planes presupuestarios de Scholz).

Por otro lado, aunque este ha expresado durante toda la campaña su apoyo a lo que denomina, de un modo un tanto nebuloso, la “soberanía europea”, reminiscente de la terminología utilizada por Macron, ello apenas significa que Alemania vaya a tomar partido activamente a favor de Francia en su conflicto con Estados Unidos sobre asuntos tales como el AUKUS, el “acuerdo de seguridad” dirigido por Estados Unidos contra China en el participan el Reino Unido y Australia.

Con independencia de cual sea la composición del próximo gobierno alemán, lo más probable es que continúe, o decida continuar, la línea (o la no línea) de Merkel, esto es, intentar estar simultáneamente en el lado estadounidense y europeo occidental del Atlántico, apoyando tanto la hegemonía global estadounidense como la autonomía franco-europea, o imponiendo sanciones a Rusia a causa de la situación en Ucrania, al tiempo que defiende el gaseoducto North Stream 2 frente a Estados Unidos y la Unión Europea, mientras intenta hacer que sus continuas vacilaciones parezcan el ejercicio de un liderazgo estratégico. Saber si Laschet o Scholz, en conjunción con Lindner y Baerbock (o Habeck) o entre ambos, serán realmente capaces de imitar los complicados movimientos políticos de Merkel tras haberse puesto sus enormes botas será una cuestión interesante de dilucidar.